

Resolución 9, por medio de la cual se resuelve:

1. Aceptar los registros de "declaraciones de ventas" para exportaciones de café soluble desde el 3 de abril de 1978, inclusive, para embarques desde esta fecha hasta el 30 de junio de 1978, a los siguientes precios mínimos de registro:

I - Café secado por aspersión, US\$ 4 por libra de peso.

II - Café liofilizado, US\$ 5 por libra de peso.

2. Fijar en US\$ 60 por libra la "cuota de contribución" sobre las exportaciones de café soluble para transacciones que se registren en el Instituto Brasileño del Café, para embarques que se realicen en el período abril 3-junio 30 de 1978.

Parágrafo. Las exportaciones de café soluble, secado por aspersión y liofilizado, a cualquier destino, empacado para el consumidor final, y debidamente marcado, están exentas de pagar "cuota de contribución". El exportador deberá requerir en cada caso autorización previa del Instituto Brasileño del Café, para el registro de todas las "declaraciones de venta" informando los términos de su propuesta.

Resolución 10, que resuelve:

1. Desde el 3 de abril de 1978, el Instituto Brasileño del Café comprará cafés de la cosecha 1977/78 a los caficultores y/o sus cooperativas, así como también a los negociantes del grano, a un precio de Cr\$ 2.500 por cada saco de 60,5 kilogramos, empacado en sacos nuevos y libres de bodegaje en el interior, con todos los impuestos pagados.

Resolución 17, por medio de la cual el Instituto Brasileño del Café resuelve:

1. Fijar en US\$ 93 por saco de 60,5 kilogramos peso bruto, la "cuota de contribución" para exportaciones de café verde, tostado/molido o descafeinado, para transacciones que se registren en el Instituto desde el 26 de abril de 1978, inclusive.

Esta "cuota de contribución" podrá pagarse así:

a) US\$ 73 de acuerdo con el cambio vigente en la fecha.

b) US\$ 20 mediante depósito en un plazo de cuarenta y ocho horas de la fecha de registro. Este depósito no será devuelto por ninguna razón si la "declaración de venta se cancela".

XIX ASAMBLEA ANUAL DEL BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO *

DISCURSO DEL DOCTOR ALFONSO PALACIO RUDAS, MINISTRO DE HACIENDA Y CREDITO
PUBLICO, GOBERNADOR POR COLOMBIA

Señor presidente, señores delegados:

Al dirigir estas palabras a la Decimonovena Asamblea de Gobernadores del BID, me asalta una cierta vacilación ante la disyuntiva de ajustarme o no a los moldes tradicionales de este tipo de reuniones y hacer, en el primer caso, un relato de las realizaciones y programas de mi gobierno, tales como la lucha contra la inflación, el manejo de la deuda externa, las políticas seguidas en el campo de los cambios internacionales y de la balanza de pagos, lo cual sería fácil y grato, pues creo que es muy positivo, por cierto, lo que tendría que narrar. Sin embargo, me abstengo de intentarlo, como que soy temeroso de los excesos de benevolencia que influyen esa clase de exposiciones en las que con el autoanálisis frecuentemente se mimetiza el autoelogio. Existen, por otra parte, diversos foros internacionales en los que tales análisis y disertaciones son más apropiados.

Dado que es la primera vez que me cabe el honor de actuar como gobernador de Colombia en esta Asamblea, me dispongo a formular, a la manera socrática, preguntas que me ayuden a aclarar ciertas perplejidades provenientes quizá de la misma circunstancia de nunca antes haber oteado aspectos que para muchos otros de los gobernadores pueden, por serles familiares, no perfilarse con las aristas que ante mis ojos se presentan. Se trata de manifestaciones externas que para una persona apenas iniciada no deben dejar de filiarse. Como con agudeza paradójica se ha dicho desde hace tiempo "solo los espíritus superficiales no se dejan guiar por las apariencias".

* Tuvo lugar en Vancouver, Canadá, entre el 17 y 19 de abril de 1978.

Ninguna oportunidad mejor para apartarse de lo convencional que esta Asamblea que transcurre en Canadá, país cuya riqueza crece dentro de marcos de justicia social, marcos que disipan cualquier temor de incomodar a sectores populares de Vancouver, la ciudad anfitriona, como podría suceder si esta reunión se verificara en otras latitudes, en las que el proceso de desarrollo no exhibe las mismas características. El hecho de que el ingreso per cápita de Canadá supere siete veces el promedio de América Latina, refrenda ciertamente el móvil altruista con que se incorporó a nuestro Banco, no solo para ser un aportante de recursos financieros, sino porque vínculos de solidaridad continental la impulsaron a estar más cerca de las aspiraciones y necesidades de los países prestatarios. Esta gran nación ha demostrado por diversos conductos su interés especialísimo por la región, con criterio amplio y cordial traducido en realizaciones concretas. Su participación activa en varias de las instituciones interamericanas, sus programas bilaterales, las visitas realizadas a los más altos niveles, como la del ministro de Asuntos Exteriores, el año pasado a Colombia, señor Donal Jamieson, y el intercambio de estudiantes, investigaciones y experiencias en el campo universitario, han cristalizado en relaciones de distinta naturaleza, entre las cuales se destacan las comerciales, a tal punto que hoy el ámbito latinoamericano ocupa el cuarto lugar en el flujo de mercancías de y hacia Canadá, o sea, después de Estados Unidos, la Comunidad Económica Europea y el Japón. Estas relaciones se estrechan, bien a través del organismo oficial existente para contribuir en el campo del desenvolvimiento económico o del Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo, que opera bajo un consejo internacional de administración autónomo pero que se financia con fondos del estado canadiense; o, asimismo, a través del Servicio Universitario Canadiense de Ultramar. Pasos firmes se han dado, todos favorables a América Latina, en terrenos tales como los de minería, energía, transporte, comunicaciones, ciencia y tecnología, salud, educación, agricultura, pesca y silvicultura. Tan dinámica y activa ha sido esta empresa de ayuda al desarrollo, que en menos de diez años la Agencia Canadiense para el Desarrollo Internacional decuplicó las partidas destinadas a operaciones bilaterales.

Por todo esto entiendo y aprecio el esmero y afecto con que Canadá nos recibe y agasaja en su tierra, y no nos deja extrañar nuestra casa. Las comodidades que nos brinda son congruentes con su alto y amplio grado de bienestar económico. Y lo subrayo porque cuando he asistido a reuniones similares, verificadas en países pobres, me interrogo interior-

mente si la incitación al gasto y al consumo suntuario no crea, al menos por los signos externos, una especie de dicotomía con las estrategias del desarrollo y si se justifican los costos en que se incurre para celebrar asambleas y simposios que, de ordinario, cumplen simples funciones de aprobación de balances y otras actividades de rutina. Lejos de mí la crítica negativa cuando se me ocurre preguntar: ¿resistiría un análisis costo-beneficio lo que de estos eventos fructifica, como el que tan implacable y tozudamente aplican los técnicos del BID a los proyectos para los que se solicita financiamiento? ¿Acaso no convendría, para no aparecer ubicados en la peor orilla de la economía dual, que convirtiéramos en práctica y distintivo de la vida y actividades oficiales de los países del Tercer Mundo, el implantamiento de una austeridad más acorde con la precaria condición de nuestros pueblos? Barrunto que una conducta de tal naturaleza generalizada daría mayor contextura moral a los reclamos de los pueblos atrasados y a los objetivos de las instituciones creadas para ayudar al desarrollo. No se me escapa que mis insinuaciones pueden sonar ingenuo en un mundo que cada vez gusta más de los comportamientos hedonistas, dándole la espalda a las necesidades de esas enormes masas humanas que habitan el globo, huérfanas de poderes políticos y económicos que las habiliten para mejorar su destino. Si rastreamos la dinámica del desarrollo de los países del Norte y Sur del continente, en su completa trayectoria, la explicación de las rutas divergentes que han seguido pueden cifrarse en el vocablo **austeridad**, que significa ahorro y que, por una muy ancha gama de factores, muestra marcadas diferencias en unos y otros países. Estoy seguro de que si transitamos caminos de austeridad disminuirían las reticencias parlamentarias que dificultan a los gobiernos de los países opulentos, alimentar con prontitud el flujo de capitales indispensables para que los organismos financieros internacionales cumplan a cabalidad con su misión.

En los tiempos que corren necesitamos un factor aglutinante. Sería vano desconocer las dificultades, muchas veces vividas por la región, para presentar posiciones conjuntas unánimes; y, la impotencia de que adolece para liberarse de la posición satélite en el concierto mundial. Vivimos en un mundo de cambios acelerados y hay que tratar de prepararse para la irrupción de factores imprevistos y no perder fe en el destino de las causas justas. Luther King, el gran luchador de aquella causa que lustros atrás se hallaba distante de sus metas dijo: "yo tengo un sueño", —**I have a dream**— y con ese sueño propulsó esperanzas que han comenzado a traducirse en con-

quistas concretas. De ahí que no debe perderse la fe en que tarde o temprano se impondrá la equidad en las relaciones internas y externas de los pueblos, porque, como alguien apuntó con profunda sabiduría, "la vida tiene la razón".

Veamos, por ejemplo, lo que acontece en el panorama de la economía mundial. La flotación de las monedas se ha convertido en termómetro hipersensible respecto a las perspectivas de las grandes potencias. Han tocado a su fin las situaciones holgadas, como las que pudo disfrutar Estados Unidos durante los muchos años en que no conoció el costo que le significarían los cuantiosos déficit de su balanza de pagos. Déficit que despiertan desconfianza no obstante la supremacía que se supuso mantendría indefinidamente el dólar cuando salieron a la luz las instituciones de Bretton Woods. El *realpolitik* o evidencia de fuerzas para el equilibrio del poder, parece estar ahora inmunizado contra los mitos monetarios, en tanto que el horizonte impreciso e inseguro arrastra consigo, como víctimas mudas, a los países que América Latina llamó de periferia, cuando comenzó a plantear su problemática en términos analíticos que privan sobre las antiguas posiciones estrictamente emocionales. De todo ello surgen situaciones bien concretas y desfavorables para nuestros países. A nivel mundial, el comercio descendió de un crecimiento de 11% en 1976 a 4% en 1977 y, las ominosas tendencias proteccionistas de los países desarrollados, que creíamos superadas, se acentúan más cada vez. Los excedentes de 300.000 millones de dólares de Estados Unidos que andan errantes por el mundo, al par que aumentan su volumen disminuyen su capacidad adquisitiva. Pocas veces en la historia económica se registra un patrón monetario de aceptación tan universal como el dólar y, que en virtud de los asedios a que está sometido se haya debilitado tan rápidamente, tornándose cada día menos confiable. Dada la baja proporción del comercio internacional en el total de la actividad económica de Estados Unidos, a quienes más perjudica la condición de papel encogido, especulado y estrujado que hoy presenta la divisa estadounidense, es al resto de los países que lo recibieron, lo reciben y, de seguro, lo seguirán recibiendo a cambio de materias primas, que en el caso de las naciones proletarias encarnan el esfuerzo vernáculo y el sudor de sus gentes adquiridos a precio barato. Se nos obliga a aceptar el que sean esas las reglas de juego entre el mundo desarrollados y el que no lo es, ya que se argumenta que el mercado es el que impone su ley. Pero esto, ¿no nos daría también derecho, cuando fugazmente, por razones de oferta, disfrutamos de un mercado de vendedores, como en el caso reciente del café, a

que no se utilicen las herramientas distorsionadoras que los países avanzados tienen a su disposición? ¿No es injusto crear con ellas una imagen que hace aparecer ante el consumidor como maniobra abominable y condenable ese mismo funcionamiento de las lonjas? Lo cierto es que tradicionalmente el despótico señorío del mercado conspiró contra el poder de compra de nuestras exportaciones. Y al hacer esta acotación, contemplo lo presente y lo pasado e imagino lo venidero, ya que, dentro de las estructuras vigentes, en las mercancías que importamos se incorporan como costos los niveles de vida de sociedades opulentas en cuya escala de prioridades ocupa lugar lánguido la decisión efectiva de renunciar a pequeños excedentes económicos para que esas dos terceras partes de la humanidad en que tanto abunda la miseria, puedan ampliar su capacidad de producción y, por tanto, de remuneración y de demanda, requisitos indispensables para alcanzar una vida digna de ser vivida.

Yo felicito al licenciado Antonio Ortiz Mena por la exitosa labor que culminó con el ingreso de los países extrarregionales que se sientan en este recinto compartiendo la angustia de nuestros inmensos problemas. Su vinculación a nuestra institución está llamada a ejercer un influjo mayor que el de un mero aporte crediticio. "El hombre ve lo que sabe", decía Goethe. El conocimiento social y económico que se derive de los problemas a los que se dirigen los proyectos que buscan financiamiento en nuestro Banco debe encontrar su cauce en las esferas decisorias de los países más avanzados. Estos comentarios son voces de esperanza respecto a que la necesaria toma de conciencia sobre los deberes de solidaridad ecuménica no se eclipse por la prevalencia de intereses numularios y mercantiles que en la hora actual se manifiestan en el retorno de un proteccionismo despiadado y reaccionario. Sin esos objetivos de solidaridad más ambiciosos que los de la simple eficiencia financiera, esta institución, tan difícilmente lograda tras muchos años de ser apenas una ilusión lejana para un grupo de soñadores latinoamericanos, se vería forzada a convertirse en un banco intermediario cuyos costos podrían llegar a hacer más cómoda y fácil para el prestatario la apelación directa al mercado internacional de capitales.

Una inquietud más quisiera formular ante esta asamblea en la que muchos gobernadores afrontamos dificultades similares en nuestros países. En el ejercicio de la labor cotidiana, quien tiene la responsabilidad del marejo de la hacienda del Estado y de la dirección de la política monetaria, al evaluar la cuantía de los recursos corrientes frente a las obligaciones de contrapartidas y al entrabador mecanismo

de reembolso exigidos por los préstamos externos, encuentra casi imposible la rígida aplicación de una estrategia antiinflacionaria, en la cual es factor primordial el equilibrio de los presupuestos. En el caso particular de Colombia la dificultad resulta relevante dada la decidida lucha que estamos librando contra la inflación, de cuyo ritmo acelerado y elevado índice, en una muy apreciable proporción no somos responsables. El hecho de que suframos una inflación de carácter universal que muy pocos países han logrado controlar, inclusive aquellos donde se originó, destruyó el argumento que se escuchaba de ordinario en los foros internacionales, en boca de los grandes, sobre que la incontinencia financiera, la endeblez tributaria, el crédito alegre y la irresponsabilidad fiscal en los países retrasados ocasionan el desborde monetario. Entonces se decía que de ese mal estaba inmune todo país observante de las reglas de higiene monetaria. No cometeré la imprudencia de preguntar a ningún gobierno ni a ningún organismo internacional qué sucedió con ese código de etiqueta o reglamento de buenas maneras monetarias, ni cuál es la razón para que a quienes ahora estiman conveniente aplicarlo se les acuse de no contribuir en forma adecuada al mantenimiento y ensanche de la demanda mundial y de provocar, en cambio, con su equilibrio interno, el desequilibrio de otros. Me limito a registrar la circunstancia de que la misión disciplinaria en el campo monetario internacional, que de manera severa se asumió cuando el destinatario era el débil, transformó su índole y sus formas de acción cuando hubo de proyectarse sobre los fuertes. Así aconteció a lo largo de toda la historia, y pienso que esto no es susceptible de modificarse como por milagro con simples reuniones de asambleas internacionales, ni con reformas al sistema, basadas en concepciones nominalistas de la moneda internacional o en conflictos de poderes entre los países más prepotentes de la tierra. Creemos que el desorden monetario internacional y las injusticias que de él se derivan no terminarán hasta tanto no

se acuerde un patrón de moneda que no dé ventajas a un país sobre otro, y a la vez ayude a corregir las desigualdades entre ricos y pobres.

La ausencia conceptual de todo aquello que se encierra en la noción contemporánea del subdesarrollo no permitió a Adam Smith percibir que, para quienes fueran víctimas de la pobreza, aquello que él calificó como "mano invisible", sería más pertinente denominarlo "puño de hierro". Tampoco apercibió que en contraste con lo que él supuso conduciría a la armonía económica, acentuó la discordia social, y robusteció el predominio de castas económicas, tanto a nivel nacional como internacional.

Pero supongo, señores gobernadores, que no se trata de levantar en estos eventos algo así como un muro de lamentaciones en el que gritemos estérilmente nuestras preocupaciones, agobios y problemas. Nos corresponde, en cambio, reafirmar decisiones de esfuerzo y devoción que permitan al Banco Interamericano de Desarrollo, a través de los proyectos que propicie, incrementar el empleo, la productividad, la producción, el ingreso y el bienestar de los pueblos en proceso de desarrollo. Por eso pensamos que no se debe permitir que se politice nuestra institución, ni que en sus estudios y determinaciones se contemplen aspectos distintos a los de la bondad de los proyectos, ya que todos los estados de la región que sean miembros del Banco tienen derecho a su financiamiento.

Al formular nuestros votos por el éxito de esta asamblea, queremos dejar expreso nuestro reconocimiento por la excelente labor que ha desarrollado su insigne presidente, licenciado Ortiz Mena, y sus colaboradores inmediatos. Asimismo, en momentos en que le corresponde a Colombia ocupar puesto principal en el directorio ejecutivo, dejamos constancia de nuestro agradecimiento a don Armando Prugue, quien ha representado nuestros intereses con lealtad y dedicación indeficientes. Con esta conducta ha refrendado los tradicionales lazos de hermandad colombiano-peruana.